LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VI — BARCELONA 3 DE OCTUBRE DE 1887 — NUM. 301

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

BELLAS ARTES

EL AMOR Y LA INOCENCIA, cuadro de J. Aubert

SUMARIO

TEXTO.—*La Ramilletera de Popotla*, por la Baronesa de Wilson.—*La Providencia*, por don José de Siles.—*Creencias populares*, por don Luciano García del Real.—*Noticias varias*.—*Física sin aparatos*.

GRABADOS.—*El amor y la inocencia*, cuadro de J. Aubert.—*En la laguna*, cuadro de Luis Steffani.—*Profundo estudio*, cuadro de S. Buchbinder.—*Corpus Christi*, cuadro de Arcadio Mas.—*San Francisco de Paula*, cuadro de J. M. Marqués.—*La recolección de los guisantes*, cuadro de C. J. Beauverie.—*Como el pez en el agua*, cuadro de L. Knaus.—*Una boda en el Tesino*, cuadro de E. Prati.—*Física sin aparatos*.—*Suplemento Artístico: La Magdalena*, cuadro de Domingo Morelli.

NUESTROS GRABADOS

EL AMOR Y LA INOCENCIA, cuadro de J. Aubert

Composición delicada que no desdeñara firmar en su tiempo el insigne Grenze. Ciertamente el arte moderno se inspira raras veces en estos asuntos poco á propósito para expresar la enérgica manifestación de las pasiones. Los idilios del arte corresponden á los tiempos de los idilios de la poesía. Cuando prevalecen los versos del dulcísimo Garcilaso ó del pastoril Meléndez, perfumados con el aroma especial de una esencia mitológica evaporada por el tiempo, es cuando parecen surgir naturalmente cuadros tan delicados como el de Aubert. Hoy en día el gusto del público ha cambiado de una manera notoria: el artista ha de imponerse ante todo; componga un cuadro ó componga una ópera, si quiere llamar la atención general es necesario atraerla por un golpe osado, por algo que obligue á volver la cabeza, á pesar suyo, al que recorre maquinalmente las galerías de un Museo ó asiste al teatro para enterarse de cuáles son las bellas damas más en boga.

Aubert tendrá pocos imitadores en el género del cuadro que publicamos, lo cual consiste, además de lo que llevamos dicho, en que para aventurarse en composiciones de esa naturaleza se necesitan dotes artísticas que no todos poseen. Por esto, en otro ramo del arte, es de observar que los cantantes se vengan de los maestros, como Rossini por ejemplo, á quienes no pueden interpretar, diciendo que sus inmortales composiciones han pasado de moda.

EN LA LAGUNA, cuadro de Luis Steffani

Esta marina es notable por la calma y apacible tranquilidad que respira. Los pintores italianos son más aficionados á la marina que al paisaje. Sin embargo, raras veces se sienten inspirados por la idea de la tempestad. Cualquiera diría que en sus aguas no reinan tormentas y que su mar es un perpetuo y terso espejo del cielo. Steffani ha pintado una escena simpática y no es de extrañar que su cuadro, exuberante de luz, haya llamado la atención del público en la última Exposición veneciana.

PROFUNDO ESTUDIO, cuadro de S. Buchbinder

Representa á un sabio de la Edad media perfectamente abstraído por sus investigaciones científicas. Quizás busca la fórmula de la tan codiciada piedra filosofal; quizás está á punto de obtenerla... ¡Son tantos los que en aquel tiempo se creyeron llamados á fabricar el oro!

Si esto pretende nuestro sabio, se concibe lo preocupado que le tienen sus operaciones: los sabios, y sobre todo los alquimistas de entonces, distaban mucho de despreciar filosóficamente las riquezas. El de nuestro cuadro está bien entendido: su semblante es expresivo y todo él parece estar á punto de pronunciar el famoso *¡Eureka!*

CORPUS CHRISTI, cuadro de Arcadio Mas

El autor de este cuadro es otro de nuestros paisanos que sostienen, en la patria de las artes, la importancia y progreso de los pintores españoles. Reside en Italia desde muy joven y sus obras tienden, quizás por esto, á la escuela del país en que ha desarrollado su talento. Ama la luz intensa y el color brillante, sin que por esto descuide el dibujo. El cielo de Venecia le encanta: verdad es que ese cielo encanta á todos los artistas. Por esto nuestro paisano Mas se inspira frecuentemente en asuntos italianos ó españoles, como lo demuestra la escena que tenemos á la vista, típica, de pronunciado sabor local. No hay para qué describirla, que harto explica su objeto. Cuantos hayan presenciado las ceremonias religiosas que se practican en las poblaciones rurales de segundo orden, con motivo de la festividad del *Corpus*, pueden apreciar hasta qué punto está nuestro pintor en lo cierto y cuán posible es, cuando se tiene talento, copiar del natural más real y más humilde sin perjudicar el efecto de los asuntos más poéticos y hasta más sublimes.

SAN FRANCISCO DE PAULA
cuadro de J. M. Marqués

Este lienzo es, sin duda, la prueba de mayor aliento que ha dado su infatigable autor. Hasta ahora teníamos sabido de Marqués que era un paisajista distinguido, un retratista de excelente escuela, un discreto observador de la naturaleza, que reproducía en buenos cuadros las impresiones que le sugería el mundo físico. Mal satisfechas sus legítimas aspiraciones con esos triunfos, que le parecieran harto fáciles, ha querido penetrar de lleno en el dominio de las impresiones y de los afectos esencialmente expresivos, y para ello ha elegido, como su primer tipo, la personalidad de San Francisco de Paula, encarnando en él la apoteosis del arrobamiento de la caridad cristiana y del amor al prójimo.

La empresa era arriesgada; Francisco de Paula ha sido tratado por muchos y muy reputados maestros. Marqués ha salido airoso de su empeño, siendo la condición saliente de su obra el haber hecho un santo *posible*, es decir, un hombre que, aun en los momentos más álgidos de sus éxtasis místicos, no deja de ser un hombre. Porque es, realmente muy cómodo para el artista producir figuras encanijadas, en las cuales la santidad se representa por medios reñidos con la naturaleza física de la persona de carne y hueso. Nuestro compatriota ha comprendido con buen talento que el idealismo cristiano no habla de producirse á expensas de la realidad; y ha obtenido por medio de la actitud, de la expresión, de la mirada singularmente, lo que otros han procurado mal entendiendo que un santo no puede ser un hombre, lo cual equivale á decir que un hombre no puede ser santo.

El éxito obtenido por Marqués en esta obra verdaderamente seria debe animarle á no desistir de tales empresas, fortificando con el estudio y la observación las dotes con que Dios le ha favorecido para llegar á ser un artista de primera fuerza.

LA RECOLECCIÓN DE LOS GUISANTES,
cuadro de C. J. Beauverie

Obra del género naturalista que, sin embargo, no degenera en grosero realismo. La escena es trivial; pero aun por el simple dibujo de ella se comprende que la intensidad de la luz ha de avalorar el escaso asunto del cuadro. Esto explica que hubiera llamado la atención cuando fué expuesto en París, donde su autor goza merecido concepto de artista.

COMO EL PEZ EN EL AGUA, cuadro de Knaus

Si el autor de este notable cuadro tiene sus hijos como los pinta, puede vanagloriarse de poseer una prole deliciosa. Titúlase esta composición *Un ciudadano satisfecho*, y realmente todo en ese niño significa robustez, contento, satisfacción completa. Una *mulleca*, desdeñosamente tirada al suelo, corrobora que el muchacho no ha menestar de esas invenciones destinadas á entretener el hambre de las criaturas encanijadas. A la vista del lienzo cabe profetizar que ese *ciudadano* ha nacido para rentista.

UNA BODA EN EL TESINO, cuadro de E. Prati

El autor de este cuadro es un excelente reproductor de la naturaleza en que vive. Es hijo del pueblo de Caldonazzo, en la provincia de Trento, en la parte alta del valle de Brenta. Los trentinos hablan una variante del idioma ó dialecto veneciano. Prati, en el terreno del arte, es una variante de la escuela véneta. Las costumbres del valle en que reside inspiran la mayoría de sus obras, muy apreciadas especialmente por los ingleses, quizás porque en el fondo de esos cuadros hallan alguna analogía con el carácter, familiar y austero á un tiempo, de la familia labradora de la Gran Bretaña.

Esta circunstancia se echa de ver fácilmente en el lienzo que reproducimos. Se trata de una boda; la novia, sus padres y amigas aguardan indudablemente al próximo esposo: la escena, á pesar del plausible asunto, tiene una expresión de gravedad, impropia en tales casos de un pueblo meridional. Sin embargo, Prati está en lo cierto: la boda que pinta no es una boda como cualquiera otra, sino una boda en el Tesino.

Aparte de esto, ó además de esto, Prati es un pintor que no se ha propuesto imitar á artista alguno, así como ningún artista se ha propuesto imitarle á él. Su colorido es pobre; da poca importancia á los efectos de luz; podría decirse que su ejecución se resiente hasta de cierta monotonía. A pesar de lo cual sus obras, como hemos dicho, son muy estimadas, pues reflejan perfectamente la sociedad y la naturaleza á que ha consagrado sus observaciones todas. Si cupiera una escuela *montañesa*, virgen de recursos mejor ó peor empleados, una escuela que pudiéramos llamar al natural, Eugenio Prati sería, con toda probabilidad, uno de sus más acabados y admirables maestros.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA MAGDALENA, cuadro de Domingo Morelli

Creemos que nuestros favorecedores han de agradecernos la predilección que sentimos por este artista. Morelli no es tan sólo un grande astro de la pintura moderna, sino que ha de ser tenido por el fundador y jefe de la escuela napolitana. No hemos de negar que á la formación de esta escuela ha contribuido eficazmente el estudio de los pintores franceses contemporáneos; pero algo ha impreso de original en ella el talento de Morelli. Pinta este artista pensando mucho y sin precipitación. Su factura, por más que á primera vista parezca abocetada, es hija de un profundo cálculo que le obliga á pasar muchas horas delante de su caballete sin adelantar una sola pincelada.

La índole de su talento le lleva con preferencia al terreno de la historia, y por una genialidad, á la cual dará él sin duda explicación plausible, ningunos otros personajes le inspiran tanto como Jesús y Mahoma, que ha pintado varias veces. Los asuntos que trata no son siempre nuevos, pero lo es la manera de tratarlos. Cuando reproduce un hecho histórico, no da la importancia al protagonista, sino al hecho: éste resulta siempre admirablemente concebido, al paso que aquél queda relegado á segundo término y en algunas ocasiones á término tan secundario que pasa casi desapercibido.

Así ocurre en el cuadro que hoy publicamos. Jesús y la Magdalena tienen casi que adivinarse; en cambio, el grupo de los hebreos es superior á toda ponderación. El interés, la ansiedad, la cruel complacencia con que aguardan enterarse de la manera cómo el Nazareno eludirá el compromiso que maliciosamente le han creado, palpitan de verdad en esa masa informe que únicamente á Morelli le es dable pintar con tanta energía. Ni la manera de dar forma al asunto puede ser más original y atrevida, ni cabe salir del difícil caso con un éxito más completo.

EL MUNDO AMERICANO

LA RAMILLETERA DE POPOTLA

I

Los ardientes rayos del sol bañaban verjeles y plazas de la alegre y animada capital de Méjico.

La mañana era risueña, serena y perfumada, y la brisa, suave y deleitosa, mecía las elevadas copas de los árboles que embellecen la plaza del Zócalo.

Tres elegantes jóvenes, montados en briosos caballos, desembocaban por la calle de Plateros con dirección á la catedral.

Vestían rico y ajustado pantalón con dos hileras de botones de plata, chaqueta corta y sombrero *jaranó*, galoneado con anchas franjas de plata y gruesos cordones de lo mismo: *chapameras* de piel de tigre, elegante silla con ricos estribos y revólver con artístico puño de nácar, completaban aquel pintoresco traje nacional que realzaba la gallarda apostura de los tres jinetes, uno de los cuales merece particular descripción.

Alberto Valenzuela, tal era su nombre, aparentaba tener de veintiseis á veintiocho años: el cutis terso y suave de su rostro tenía ese color moreno pálido que acusa temperamento ardiente y apasionado y que presta encanto indefinible y atracción infinita.

Los ojos eran negros y rasgados, brillantes y expresivos: el cabello como el azabache: las cejas pobladas y sedosas: el pie de buena raza, es decir, pequeño y delgado: el todo de la persona caballeresco y distinguido.

La exclamación de uno de sus compañeros, lo sacó de profunda meditación que le embargaba y, á su vez, al fijarse en una joven vendedora de flores, exclamó:

—¡Violeta!

No puede concebirse ese nombre sino en una muchacha de diez y ocho años, fresca y seductora como las alboradas tropicales y digna del pincel de Grenze, de Rubens ó Rafael.

Tal era Violeta.

Una mañana las numerosas vendedoras de flores la vieron llegar vestida de negro, con delantal oscuro y *rebozo* azul: no la conocían, y con femenil curiosidad la vieron, modesta y silenciosa, colocar sus dos cestos con macetas y ramilletes y despojarse de su *rebozo* (1) dejando al descubierto su delgada y esbelta cintura y sus manos, demasiado suaves y blancas para una ramilletera.

Aquel día no hubo empleado en el cercano palacio del gobierno que no cometiera alguna falta grave, ni serio magistrado ó mozalbete á quien la soberana belleza de Violeta no causara profunda y singular impresión.

Era la estación de las violetas y de las rosas, y siendo Méjico uno de los países en donde más pródiga fué la madre naturaleza, se veía la plaza del Zócalo llena de gente ocupada en escoger macetas y ramos, cuando llegaron Alberto y sus amigos.

Indias é indios se afanaban en brindar frescas y fragantes flores y con habilidad mezclaban las unas con las otras y formaban artísticos ramilletes, canastillas y jardineras.

Los helechos y musgos, los cedros y los pinos, los geranios de mil colores, las cinerarias y los claveles, la madreselva y los heliotropos presentaban un conjunto encantador.

Era de ver el animado cuadro que á la vista ofrecía la plaza con sus pintorescos jardines y la variedad de paisajes: al frente los portales, con puestos de frutas y dulces, de juguetes y cien baratijas, industria del país; y cruzando en todas direcciones, los tranvías, los carruajes y los transeuntes.

Violeta tenía su puesto bastante separado de los demás vendedores: sus cestas estaban vacías: había vendido cuanto llevó al mercado y se disponía á marcharse cuando al ruido de los caballos levantó la cabeza y se encontró frente á frente con Alberto, quien la contemplaba sorprendido y admirado.

El joven bajó del caballo y adelantó lentamente.

—No ha querido V. creer que era una pobre ramilletera,—dijo Violeta, contestando á su muda interrogación.

—¡Imposible!—murmuró Valenzuela.

—¿Por qué? ¿le enoja á V. haber seguido y haber manifestado interés por una muchacha del pueblo? ¿no soy la misma á quien V. defendió á la salida de Chapultepec, cuando dos atrevidos calaveras quisieron faltar á una mujer?

—¡Oh! no,—exclamó el joven,—la mujer ya pertenezca á la clase elevada ó á la humilde merece el respeto y consideración, y más aún, cuando en su hechicero rostro se reflejan el candor y la virtud.

—Bien dicho,—contestaron los compañeros de Alberto;—en lugar de ser un artista debías ocupar un puesto en el Congreso,—añadió el más joven.

—Es muy chula; es preciosa y todo lo merece; pero creo que el sol empieza á ser demasiado fuerte y que debemos concluir nuestro paseo; ¿no te parece, Alberto?

Valenzuela no contestó: dirigió una mirada y un saludo á Violeta, y con la maestría innata en los mejicanos saltó sobre el caballo y siguió á sus amigos.

II

No había pasado desapercibido el anterior episodio para las indias vendedoras y no escasearon los comentarios y las sonrisas y las miradas, curiosas é impertinentes.

Desde el primer instante en que la joven ocupó un puesto en el Zócalo, fué considerada como planta exótica, como un ser que pertenecía á otra esfera. Una de las indias ramilleteras vivía en Popotla, cerca de la pobre casa que habitaba Violeta: por ella se supo que no recibía á nadie, que estaba con su madre y era juiciosa y buena.

Tampoco se ignoraba que á las doce se retiraba del puesto y nadie sabía adónde iba.

Algunas veces aquellas ausencias se prolongaban dos ó tres días, y al volver con sus cestas de flores se advertía en su hechicero rostro algo como infinita tristeza, como profundo pesar.

¿Era efecto de ignorada historia, de recuerdos ó de futuros temores lo que hacía enrojecer sus hermosos ojos? Misterio.

Toda averiguación era imposible; las precauciones se multiplicaban, y vendedoras y vecinas no obtuvieron resultado alguno de sus pesquisas.

Con frecuencia la seguían; pero al llegar á una iglesia llamada de Corpus Christi subía en un tranvía, lo abandonaba en San Cosme y tomaba otro en distinta dirección.

Un observador, y los novelistas lo son siempre, hubiera podido ver que el rostro de Violeta enrojecía y que su corazón latía con violencia cuando Alberto, el joven artista, clavaba en ella la mirada dulce y amorosa y la dirigía en voz baja algunas palabras, que, si bien no eran de amor, ocultaban aquel poderoso sentimiento.

Aquellos cortos instantes producían en la ramilletera algo parecido á la felicidad y su juvenil semblante se engalanaba con dulce sonrisa.

Pero jamás Valenzuela había podido alcanzar la más

(1) Especie de chal, muy usado en Méjico.

LA MAGDALENA, CUADRO DE DOMENICO MORELLI

EXPOSICIÓN ARTÍSTICA DE VENECIA DE 1887

EN LA LAGUNA, cuadro de Luis Steffani

insignificante confidencia, á pesar de que una tarde la había acompañado por la Reforma, después del encuentro en el jardín de Chapultepec (1) en donde llegó á tiempo para hacer retirar á un atrevido mozalbete, que importunaba á Violeta con galanterías de mal género.

¿Quién era aquella niña? No era posible dudar de que su educación había sido esmerada y que su tipo no pertenecía á la clase del pueblo.

– Estoy seguro,—la dijo un día,—que usted no es lo que aparenta ser: soy su amigo; confíeme usted su historia y tráteme como á un hermano.

– Nada tengo que contar y puede usted creer que si necesitara apoyo ó protección la solicitaría de usted, se lo juro, porque me inspira afecto y confianza.

III

El origen de aquel amor que Valenzuela alimentaba por la ramilletera, había sido tan extraño como inesperado.

Un día, cuatro meses antes de empezar nuestra narración, el joven artista, poseído de inexplicable preocupación, abandonó los pinceles y salió á pasear por ese centro concurrido y elegante que se llama calle de Plateros.

Al llegar delante del escaparate de un gran comercio de cuadros y grabados, se fijó en un retrato, lanzando una exclamación de asombro.

La admirable pintura representaba á una mujer como de diez y ocho á veinte años, pero tan hermosa y tan perfecta que hubiera sido imposible encontrarla un defecto.

Vestía traje de terciopelo negro, el cual hacía resaltar más aún los hombros, el cuello y la airosa cabeza; la cabellera era de color castaño oscuro y el peinado formaba como natural diadema.

Los ojos eran dulces, poéticos y de un color indefinible; no eran garzos, ni azules, ni negros, pero su expresión cautivaba.

Alberto, como artista, admiró á tan bella criatura, y sintió voraz deseo de conocer al original.

Entró en la tienda y preguntó; pero nadie pudo satisfacer su anhelo: un hombre de alguna edad había llevado aquel retrato para que se vendiera, ofreciendo volver pasadas algunas semanas.

Durante un mes, Alberto pasó horas y horas contemplando aquel retrato, y enamorado como un loco, quiso copiarlo.

Imposible: su pincel se resistió y cuanto reproducía era imperfecto.

¿El amor apagaba los destellos de su inteligencia?

Su empeño fué cada día mayor y su desesperación no tuvo límites cuando al pasar por casa del grabador supo que se había vendido el cuadro y que ya el portador de él poseía la cantidad producto de su venta.

Una tarde paseaba por la Alameda, cuando, sentada en un banco de piedra y acompañada por una anciana vió á una joven hermosísima: era Violeta; pero en su fisonomía encontró Alberto rasgos de aquel retrato que había trastornado su razón; no era el original, pero sí tenía extraordinario parecido.

Mudo, extático, la contempló largo rato, y cuando la vió levantarse se dispuso á seguirla; pero la joven atravesó hasta la avenida de Juárez y allí subió con la anciana en un tranvía.

(1) Montaña de la langosta.

Una tarde la encontró, como ya hemos dicho, en Chapultepec, y desde aquel día se estableció entre ellos mutua y simpática inteligencia.

Alberto la adornaba en su imaginación con los atavíos del retrato y entonces le parecía encontrar mayor semejanza, hasta el punto de confundir en su corazón el amor real con el amor ideal.

La joven era un enigma, un misterio, y esto aumentaba las luchas consigo mismo y la ilusión.

IV

El calor era excesivo: el hermoso y puro cielo mejicano estaba empañado por agrupadas y cenicientas nubes: el trueno y los relámpagos anunciaban cercana tempestad y amenazaban con una de esas lluvias torrenciales, casi desconocidas en nuestra Europa y que en cortísimo tiempo producen verdadera inundación.

El pueblecito de Popotla estaba silencioso y sus calles casi desiertas.

Existen algunas localidades que conservan en su aspecto y á través de los siglos, un *no sé qué* de misterioso é indefinible, y ciertamente esta idea ha preocupado siempre mi imaginación al pasar por el mencionado pueblo.

Allí levanta su elevada copa el histórico árbol llamado de la *noche triste*, á cuyo pie cuenta la tradición pasó terribles horas el conquistador Cortés, lamentando el desastre que ocasionó Alvarado por imprevisión y ligereza.

El 1.° de julio de 1520 tuvo lugar el acontecimiento y desde entonces el corpulento *ahuehuete* (sabino) ha sido fuente de inspiración para el poeta y objeto de la admiración del viajero.

El tronco está hueco, algunos de sus brazos sin savia alguna, y en su corteza carcomida se leen nombres é inscripciones.

En la tarde de que hemos hecho mención se detuvo un tranvía delante del *árbol de la noche triste* y un joven bajó precipitadamente.

Era Alberto.

Había conseguido saber las señas de Violeta, y como habían pasado más de ocho días sin verla en el Zócalo, determinó buscarla y averiguar el motivo de su ausencia.

Buscó el número; no lo encontró, pero sentada en el dintel de una puerta vió á una india, envuelta en pobre rebozo y casi dormida.

Se acercó á ella y le preguntó por la ramilletera.

—Se ha separado de esta casa, – contestó, – y vive cerca de *Cuatro árboles:* pobrecita: ha días no la he visto.

– Pues qué, ¿está enferma?

—No: ella no: la vieja sí; y está cuidándola.

—¿Su madre?

—No sé: hace poco que están aquí, y como son tan pobres, sólo el *pulque y las tortillas* (2) es lo que solía comprar, cuando Violeta estaba en Méjico.

En aquel momento pasaba por la plaza un sacerdote, acompañado por algunas personas.

– ¡El Viático! – exclamó la india arrodillándose.

Cediendo á un impulso más fuerte que la voluntad, se mezcló Alberto al acompañamiento y al cabo de algunos minutos llegó á la casa en donde se necesitaban los auxilios espirituales.

(2) Pulque, bebida mejicana, hecha del zumo del maguey. Tortillas, tortas de maíz.

Detrás del sacerdote entró en una pobre vivienda en donde en lecho humilde, aunque aseado, yacía una anciana pálida, demacrada y desfallecida.

Sus escasos cabellos blancos caían sobre una chambra cuya blancura formaba como un marco de pureza y de bondad para aquel semblante en que se reflejaba la conciencia y la paz del justo.

Todo en aquel albergue inspiraba tristeza y veneración.

Las luces que rodeaban el lecho, los indios de rodillas y con la cabeza inclinada, el sacerdote pronunciando con voz sonora las palabras que son el último consuelo para el cristiano, el bálsamo que derrama la fe, y como complemento en aquel cuadro, los sollozos de una mujer postrada á los pies de la cama.

Alberto no pudo verla hasta que, anegada en llanto, levantó sus ojos y los fijó en la moribunda.

—¡Cielos! – exclamó el pintor,—es Violeta.

Y cual si el vacío se hubiera hecho en torno suyo, su atención se reconcentró en un solo objeto.

La voz de la tierra fué en aquel instante más poderosa que la del cielo y mil extrañas ideas asaltaron su mente, y de nuevo Violeta tomó singular parecido con el retrato.

No tenía su exuberante belleza, no ostentaba el rico traje; pero sus espléndidos cabellos y su vestido negro la hacían aún más interesante y hechicera.

La pasión trastornaba al joven artista: soñaba despierto.

—Padre mío,—dijo la ramilletera, dirigiéndose al sacerdote,—padre mío, ruego á V. que permanezca al lado de mi madre, ínterin corro á buscar la medicina que ha dejado dispuesta el médico.

—¡Oh, Violeta! quédese V.; yo iré.

– ¿Usted aquí, Alberto? Gracias, gracias.

—No, hija mía, no,—repuso el sacerdote: – ¿para qué sirve la medicina de la tierra? Sólo necesita la del cielo.

Efectivamente, la vida de la anciana se extinguía como una luz.

Hizo un esfuerzo, se incorporó, abrió los ojos, y al ver cerca de su lecho al joven pintor balbuceó:

—El... él... Dios... Dios...—y cayó desplomada: había muerto.

Cuando el sacerdote quiso retirarse, se levantó Violeta: había estado llorando y rezando, arrodillada al lado del cadáver.

– Alberto, ruego á V. acompañe al sacerdote, – dijo: – yo velaré á mi madre.

– ¿Sola?

—Sí: suplico á V. no vuelva.

El joven salió, sin atreverse á insistir.

Al encontrarse en la calle le preguntó al sacerdote:

—¿Sabe V. quién es esta infeliz niña?

—Lo ignoro: sé que vende flores y que ha cuidado á su madre con la mayor ternura y abnegación.

Alberto pasó la noche inquieto y preocupado.

En su cerebro se agitaban dos imágenes iguales, pero que se confundían y tomaban diferente aspecto.

Al día siguiente salió muy temprano para Popotla.

Cuando llegó supo que el entierro se había verificado á las siete y que Violeta no estaba ya en la casa.

V

Desde la muerte de la anciana no volvió Alberto á ver á Violeta: había abandonado por completo su puesto en el Zócalo, y el joven, más enamorado que nunca, se per-

INSTITUTO DE ARTE

día en conjeturas y descabellados pensamientos.

Una mañana en que después de una noche de insomnio, se encontraba en su estudio recorriendo maquinalmente las páginas de «El Monitor,» sintió abrirse la puerta de su cuartò y vió entrar á Fermín, su criado de confianza.

–Señor, – dijo, – un hombre ha venido dos veces á preguntar por usted.

–¿Quién es? ¿Cómo se llama?

–No ha querido decírmelo.

–Pues que entre: será algún impertinente.

Pocos instantes después se presentó un hombre como de cincuenta años, quien saludando, dijo:

—Soy el encargado de la testamentaría de la viuda de Palacios.

Valenzuela le miró sorprendido: no recordaba aquel nombre.

—¿Usted es abogado, señor Valenzuela?

—Lo fui; abandoné el bufete por los pinceles.

—Bien, pero usted conoce las leyes y podremos entendernos.

Y el imperturbable viejo sacó un enorme legajo de papeles, buscó uno entre ellos y se lo entregó al joven.

Al recorrerlo Alberto palideció.

El nombre de Palacios apareció entonces en su memoria como terrible pesadilla.

Era el de una prima de su padre, con la cual había sostenido pleito muchos años.

La sentencia había sido favorable á Valenzuela y le regaló una fortuna. Pero ¿qué intentaban de nuevo, al presentarle un documento ya caduco?

Una nota llamó su atención: era de los abogados y decía:

«Por todo lo que resulta, declaramos que si bien la sentencia ha sido dictada con arreglo á la ley y en justicia, según las condiciones del contrato base del pleito, es sin embargo un despojo indigno y deshonroso para el que quiso hacer recaer en su familia esta inmensa herencia valiéndose de la anormal situación del país invadido entonces por los franceses, y aprovechando la circunstancia de que Palacios había tomado partido por el archiduque, y como tal, declarado traidor á la patria.»

Alberto sentía que el fuego de la indignación abrasaba sus mejillas.

El, que llevaba hasta la exageración el pundonor; él, que era capaz de sacrificarse para que ni un momento se pusiera en duda su honradez; él, desinteresado, generoso y noble, poseía una fortuna usurpada.

Era rico, vivía en la abundancia, gozaba de las satisfacciones que proporcionan el oro, ínterin otros sufrían por la ambición de su padre ó por un error incalificable.

—Esta fortuna no es mía,—dijo;—luego es preciso restituir.

Tal fué el grito espontáneo de su conciencia; pero por muy elevado que sea el carácter y por muy generoso el corazón, no se renuncia tan fácilmente á la riqueza para caer en la miseria sin averiguar el por qué.

—¿Estas firmas no serán falsas?—pensó y levantó los ojos hacia el hombre que intentaba arruinarlo.

Estaba impasible y sus anteojos verdes velaban la expresión de la mirada.

—¿Quiénes son los herederos de ese primo de mi padre?

—Una niña.

—¿En dónde está?

—En mi casa, recogida por caridad.

—¿A tal extremo ha llegado?

—Sí: gravemente enferma, vino á entregarme esos papeles, y cuando intentó salir cayó sin sentido: llamé al médico y éste ha calificado su dolencia de fiebre cerebral. Palacios murió tísico y legó esa enfermedad á su hijo: éste se casó y al cabo de algunos años empezó á sufrir del terrible mal, heredado de su padre y que pocas veces perdona al que ha escogido por su víctima.

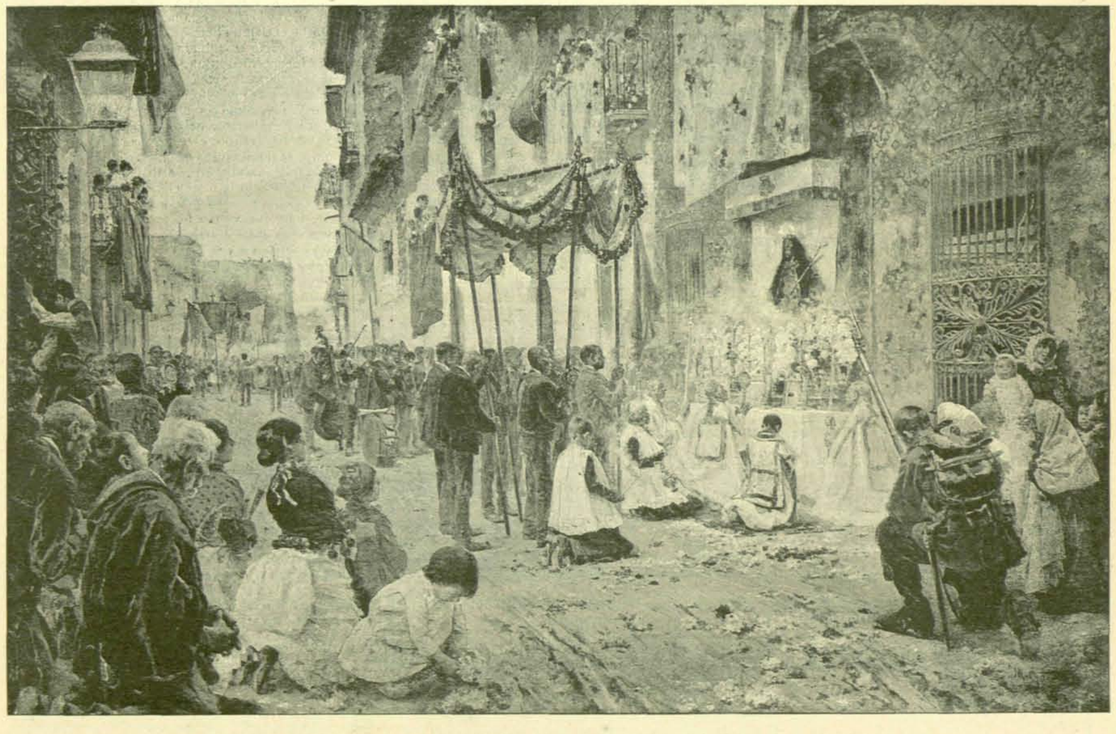
Durante dos años agotaron todos los recursos para salvarlo y la ciencia disputó palmo á palmo aquel terreno, que invadía la muerte.

Alberto estaba conmovido y sentía como remordimientos: ¿porqué? ¿Acaso no había ignorado hasta entonces que existiesen seres que pudieran pedirle cuentas del bienestar que disfrutaba?

—Continúe V. su relato,—exclamó:—me parece que estoy soñando.

—Usted sabe que la tisis es una verdadera lucha y una prolongada agonía: el gran antídoto, según aseguraba el médico, era conducir al enfermo á Tierra caliente; pero ¿y los medios? ¿cómo emprender un viaje costoso y molesto,

PROFUNDO ESTUDIO, cuadro de S. Buchbinder



CORPUS CHRISTI, cuadro de Arcadio Mas (Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887)

SAN FRANCISCO DE PAULA, cuadro de J. M. Marqués, dibujo del mismo

LA RECOLECCIÓN DE LOS GUISANTES, cuadro de C. J. Beauverie

Pasaron tres años: el médico anunció solemnemente á la afligida esposa y á su hija que el enfermo viviría sólo dos ó tres semanas más.

Los cuidados se multiplicaron: ambas trabajaban, bordaban y cosían para proporcionar al enfermo cuanto podía necesitar; pero el trabajo escaseó, y entonces ínterin la pobre niña contaba las horas de vida que aun podía tener su padre, salía la infeliz madre para ocuparse en buscar algo qué hacer, para ganar lo más preciso.

—¡Infeliz!—exclamó Alberto.

—Sí; muy desgraciada; pues hubo día en que ayudó á lavar para ganar cuatro reales.

Un domingo estaba la niña sentada sobre el mísero lecho; acariciaba á su moribundo padre: un canario cantaba alegremente saludando los brillantes rayos del sol que como lluvia de oro bañaban la pobre habitación.

—¡El sol!—murmuró el enfermo,—¡qué hermoso es! Dame un beso, hija mía, mi Margarita adorada. Dios quiera que ese sol me devuelva la vida y la alegría.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada: la niña se acercó más aún y quiso darle el beso reclamado; pero se retiró asustada: su padre estaba helado, sus ojos entreabiertos parecían mirarla, pero ya no la veían.

Momentos después, iluminado por aquel sol que poco antes ensalzaba, era cadáver.

El canario continuaba sus gorjeos, mezclados con los gritos de la niña y los sollozos de la pobre viuda, que acababa de entrar en el aposento.

—Lo que usted me refiere es inmensamente triste,—dijo Alberto, – ¡qué terrible infortunio! y además tiene usted una elocuencia y una precisión para narrar los detalles, que me parece asistir á las peripecias de ese drama.

—Concluiré: la pobre viuda y la infeliz huérfana han sufrido todas las torturas de la miseria. Yo, antiguo amigo de Palacios, lo había perdido de vista, pero una circunstancia especialísima me hizo encontrar á esos dos seres.

La viuda poseía un retrato, una obra maestra, hecho por un célebre pintor en la época de su matrimonio; había sido muy bella, y como el cuadro era de gran mérito intentó venderlo...

—¿Cómo?—exclamó Alberto,—ese retrato estuvo en la calle de Plateros... la señora de Palacios vestía de terciopelo negro... ¿y es usted quien lo llevó á vender?

—Es cierto,—contestó el estupefacto interlocutor de Alberto:—¿cómo lo sabe usted?

—Me vuelvo loco... si usted supiera que he soñado meses y meses con esa mujer, la he buscado por todas partes y he estado enamorado de ella...

—De una muerta.

—¿Muerta también?

—Sí: por eso yo he venido á ver á usted; aquí están los documentos, los dejo confiados á la lealtad de un caballero: examínelos usted y siga la marcha que su corazón le dicte; espero su aviso.

Y el extraño personaje abandonó la estancia, dejando al joven confuso y desesperado.

Durante tres días se encerró consigo mismo, y convencido de que su fortuna era una usurpación, corrió á casa del anciano, cuyas señas y nombre poseía.

—Caballero,—le dijo,—mi padre, probablemente por un error, despojó á sus parientes de una herencia que les pertenecía, pero deseo que su nombre quede sin mancha y restituyo...

—¿Todo?

—Todo.

—¿Pero usted, qué piensa hacer sin fortuna?

—Trabajar: jamás se disfruta de mayor tranquilidad que cuando vivimos de lo que ganamos honrosamente.

—Margarita no admitirá esa renuncia absoluta.

—A mí me quemaría las manos si conservase resto de ese oro.

—Observe usted que no sabe nada todavía; que ha sido oficiosidad mía...

—No hablemos más; vuelva esa herencia á su legítimo dueño y seré feliz con la idea de haber cumplido con mi deber.

—Tiene usted un noble corazón: mi protegida está convaleciente y voy á comunicarla tan venturosa noticia.

Don Bartolomé dejó solo á Valenzuela durante un largo rato: el joven esperaba con ansiedad, y cuando sintió pasos se volvió para ocultar su turbación.

—Margarita ha querido venir á manifestar á usted su gratitud,—dijo el anciano.

Dos exclamaciones, dos gritos, respondieron á estas palabras:

—¡Violeta!

—¡Alberto!

—¿Era usted, era usted la mujer á quien yo condenaba á la miseria? perdón, perdón por lo que ha sufrido usted.

Don Bartolomé no comprendía nada y pensó si ambos jóvenes habían perdido el juicio.

Don Bartolomé, desde la venta del retrato, no había vuelto á ver á Margarita, porque avergonzada de su pobreza, la había ocultado en Popotla, deseando no imponer sacrificio alguno á su antiguo amigo.

Agotado el producto del retrato, Margarita adoptó el nombre de Violeta y se dedicó á vender flores, de las que ella misma cultivaba en su jardín.

Agravada la enfermedad de su madre, y sin recursos, buscó casa más modesta aún, y en ella recibió de manos de aquella amada compañera los papeles que por encargo suyo fueron entregados á D. Bartolomé al día siguiente de su muerte.

Los insomnios, las desgracias, habían quebrantado la salud de la joven, y su vida estuvo en grave peligro cuando D. Bartolomé la vió caer desplomada.

—¿Pero no sabías el nombre de los parientes que habían despojado á tu padre?—preguntó el anciano.

—Lo ignoraba: jamás mi madre me lo dijo: ojalá que ni los documentos hubieran llegado á mis manos.

Alberto comprendió la exquisita delicadeza que encerraban aquellas palabras, y á los pocos momentos se despidió mortificado, triste y pensativo.

Para él Violeta, á quien adoraba, era un imposible, entonces más aún que cuando era pobre ramilletera.

Durante dos días se ocupó en poner en orden sus intereses, en paginar escrituras, en contar acciones, en ver á escribanos y procuradores, no reservando para sí más que sus pinceles.

Una carta de Violeta le sorprendió en aquella tarea.

«Alberto, es inútil haga V. la renuncia de su fortuna: no aceptaré su generoso desprendimiento.

»Don Bartolomé posee una *hacienda;* en ella viviré, y mañana abandono Méjico para siempre.

»Su recuerdo de V. acompañará eternamente á

VIOLETA.»

Era de noche cuando Alberto recibió esta carta; su resolución fué instantánea: tomó títulos, escrituras y acciones, y se presentó á D. Bartolomé.

—Señor,—le dijo,—aquí está la cesión de mi fortuna en favor de Violeta.

—No la aceptará, su resolución es irrevocable.

—¿La aceptará con mi nombre y con mi amor?

. . . . . .

Un mes después se celebraba en la capilla de la catedral el matrimonio de Margarita y de Alberto.

LA BARONESA DE WILSON

LA PROVIDENCIA

(Conclusión)

No creyó posible esto la dama. Siempre había pensado que el trabajar era cosa gustosa. Ella misma, no obligada á emplear su actividad, merced á su riqueza, en ningún oficio útil, experimentaba placer vivísimo en sus labores de aguja. Cada bordado, cada cifra de pañuelo, cada primor suyo, producíale una satisfacción que no pagaría con nada. ¡Ah, sí!.. Verdad es que meses enteros transcurrían á veces entre puntada y puntada. Luego aquellas obras no obedecían sino al capricho de su autora, cuya mano corría libremente, sin estorbos de voluntades ajenas, no paralizada por el frío desmayo de la maligna chusma, sin la indignación por las torpezas que opone una ignorancia que manda.

Aun sin apreciar las diferencias de su trabajo y el de Sebastiana, sintióse la dama movida á caridad. No era tan ignorante de las desigualdades del mundo que no adivinara por lo menos que era ella quien debía protección á la lavandera.

—Que suban y coman con nosotros,—dijo á una de sus criadas, que salía á comprar en aquel momento.

La improvisada protectora de Toñete y su madre era dueña y señora de su casa. Casada á los diez y seis años con un hombre que le triplicaba en edad quedó á los veinte viuda, poseedora absoluta de la fortuna bastante crecida que su esposo puso por pedestal de su hermosura. Vivía sola la viuda regentando larga servidumbre. Habíase rodeado de todos los goces materiales que para la vida del hogar pueden adquirirse por dinero. Ni faltaba en su salón el mueble lujoso, ni el traje de moda en su *boudoir,* ni el manjar exquisito en su mesa. No imaginaba que hubiera más allá nada que inspirase deseos.

Su corazón carecía de emociones. A lo sumo, sólo tenía latidos extraordinarios para la novela últimamente leída ó el drama visto la noche antes.

El cuadro de pobreza que había mirado en el patio pareció causarle como una sensación nueva.

Cuando oyó entrar á Sebastiana, salió á su encuentro.

La pobre mujer no podía hablar sino poniendo en cada palabra una disculpa. Había venido restregando los pies, mojados del lodo de la lluvia, desde la calle, temiendo manchar la casa de aquella divina señora que la invitaba á comer. Traía á Toñete medio suspenso de un brazo, para que se mantuviera tieso, para que no tropezara con las paredes, cubiertas de ricas telas, de papeles dorados. Habíale fregado cara y manos.

Venía descalzo, sin los sucios y agujereados zapatos de su uso.

Sebastiana no encontró al fin mejor modo de manifestar su gratitud que arrodillarse delante de la señora y cubrirla las manos de besos.

—¡Ah! no sabe usted...—decía sollozando.

Con efecto, la dama no sabía que la comida de aquellos infelices no había servido. La lluvia penetró por la chimenea, arrastrando el barro de las tejas. Quisieron probar un bocado; pero el estómago se resistía... Tuvieron que echar toda la cazuela al perro.

Cuando Sebastiana escuchó á la criada que subieran á cenar con su señora, creyó más que nunca en la Providencia.

***

Casi todas las tardes, apenas entraba en el patio, veía la lavandera una mano de nieve que, desde una ventana del piso principal, le hacía señas cariñosas.

—Ya, ya vamos,—contestaba Sebastiana, reventando de gozo.

Y madre é hijo, y hasta el perro últimamente, subían á casa de la bella y caritativa viuda, cuyo aburrimiento taciturno se despejaba un momento con las alegres sonrisas de la lavandera y de Toñete.

Este, en particular, parecía otro desde que comía las ricas cosas que se guisaban allí. Trasparencias rosáceas brillaban en sus mejillas, antes secas y terrosas. Su piel toda había adquirido cierto lustre grasiento, que recordaba el del tocino. Casi, casi había crecido. Desde luego, estaba más gordo. Las manos, de dedos más llenos, se habían acortado. Redondeáronse sus rodillas, y en sus muslos se diseñaban ya las graciosas curvas que hacen de un rapazuelo el modelo de un angelillo.

Sebastiana disponía de dos vestidos. El suyo, de indiana cenicienta, de delantal azul rayado, y cuerpo de bayeta encarnada á cuadros negros, quedaba para los embates del trabajo. Para lucimiento del día de fiesta, ensayábase un traje de lana, arreglado de uno de la viuda, de tela señoril, de corte airoso, en los bordes del cual todavía se descubrían los puntos huecos donde estuvieron pegados los adornos, suprimidos en su transformación plebeya.

La lavandera no sabía qué hacer con la viuda.

Un día que la encontró de pie sobre una mesa, descolgando el retrato de su marido muerto, quiso ponerle un ramo de flores y encenderle dos velas.

Pero, al siguiente día, que traía preparados los adornos del altar de una santa, halló á la viuda al lado de un hombre. Era primo suyo, su novio de niño, que volvía de América dispuesto á buscar esposa.

Desde entonces no volvió á ver la lavandera la mano de su protectora llamándola á su casa. Entraba en el patio, dando casi con la frente en las rodillas, agobiada por la balumba de la ropa lavada. Dejaba en tierra el saco, miraba la ventana, siempre cerrada é inmóvil, suspiraba, y fijaba luego la vista como atontada, como pidiendo una explicación á aquel montón de ropa, que, en virtud de su trabajo, goteaba largas perlas de cristalino ópalo, redoblando con són alegre en el suelo.

Miraba la obra de sus manos sin comprenderla... Y allí, allí estaba su verdadera Providencia.

JOSÉ DE SILES

CREENCIAS POPULARES

LOS APARECIDOS

—¡No me atrevo á volver á la aldea, señorito de mi alma!...

Así me decía en Oviedo un campesino, antiguo proveedor de frutos de la familia. Había venido entrada ya la noche, y nos suplicaba que le permitiéramos pasarla en nuestra compañía, haciendo vivas demostraciones de terror.

Sus convecinos le llamaban Juanón, y podría nombrarse Juanazo, atendiendo á su robusta y colosal personalidad. Pero en los instantes de presentarle en escena es mucho más acreedor á un diminutivo desdeñoso.

Era una lástima ver á aquel Hércules tan acoquinado por el miedo.

–¿Qué diablos te ocurre?—le pregunté impaciente.

—¿Pero, no le han contado á V. lo que pasa?... ¿No sabe V. lo del *aparecido*?

– No sé otra cosa sino que me he equivocado respecto á tí, pues te consideraba como un hombrón, y ahora veo que eres un hombrecillo, cualquiera que sea la causa de tu espanto.

–¡Pero, señorito, si le he visto yo, y era él mucho más grande!

—¿Un hombre de más estatura que tú? ¡No puede ser! Al menos no le conozco en este país. Tú tienes cerca de siete pies.

—¡Ah! si fuese un hombre no me espantaría, aunque me llevase la cabeza.

—Si te llevase la cabeza, ya estaría todo concluído.

—Quiero decir que aunque él fuese más alto que Goliat: pero repito á V. que no se trata de un hombre.

—¿Es algún demonio?

—¡Peor, señorito, peor! Un demonio se va en haciéndole la cruz, pero con aquél no valen cruces.

—Como dices que no es un hombre, no puedo suponer que te refieras á un bandido.

—¡Ojalá! Los bandidos no me dan cuidado. Recuerde V. que algunos en esta tierra quedaron señalados por mi garrote.

– Es verdad: entonces te llamábamos el tremendo Juanón, pero ahora...

– Ahora no me atrevo á volver á mi casa de noche, porque antes de llegar á la puerta se me ponen los pelos de punta. ¡Dios le libre á V. de encontrar al *aparecido!*

A estas palabras solté una carcajada tan ruidosa y expansiva que hubiera infundido el buen humor en cualquiera otro menos poseído por el espanto que nuestro Juanón.

Mirándome con un asombro en que había también cierta envidia, por verme libre de la influencia de su miedo, murmuró en tono casi solemne:

– No se ría V., que los *aparecidos* lo saben todo.

– Y ese será capaz de vengarse de mí, llevándome al otro mundo á continuar la risa, ¿eh?...

– Le digo á V. que con ellos no hay chanzas. ¿No se acuerda V. de la muerte de Tiburcio el vaquero?

– Creo que murió de una indigestión, el día de Pascua.

– No fué de una indigestión: no, señor. Murió cuando acababa de aparecérsele su tío, el de la cofradía de las Animas.

– ¿No le habían enterrado hacía doce años lo menos?

—Sí, señor, pero parece que el sobrino había ofrecido repartir con la cofradía lo que le dejara en herencia, y viendo que no lo cumplía, vino del otro mundo el tío á reclamárselo.

—¿Y Tiburcio tuvo valor para negarse?

– Yo no sé lo que pasaría entre él y el *aparecido*, lo que sé es que al día siguiente encontraron á Tiburcio muerto en su cama, y que, asustada su viuda, entregó á las ánimas todo cuanto tenía.

—¡No habrá malos peces en esa cofradía dichosa!

Juanón encogióse de hombros, rascándose á la vez las orejas, unas orejas de murciélago. Era indudable que con mis burlas no conseguía apearle de su burro; no lograba abrirle los ojos á la verdad, respecto al fantasma que había sido tan fatal á su amigo Tiburcio.

COMO EL PEZ EN EL AGUA, cuadro de L. Knaus

– ¿Es también algún resucitado el que á tí se te aparece?—continué.

– Sí, señor. ¡Es mi suegra!—contestó el coloso con acento lúgubre.

– *¡Vade retro!*—prorrumpí, dejando de reir al observar las desencajadas facciones de aquel hombre.

Realmente parecía encontrarse bajo el influjo de la presencia de su suegra, arpía de cuyas caricias le había librado el cólera. Así fué que yo mismo hube de estremecerme, y, por mucho que el confesarlo me avergüence, lo diré más claro todavía: tuve miedo, y conocí que había obrado muy mal en burlarme de los *aparecidos* á costa del pobre Juanón.

Porque indudablemente empezaban á vengarse de mí.

***

Siguiendo luego su relación, me dijo que la suegra se le había aparecido la noche precedente, cuando acababa de tratar con un amigo de la venta de unas viñas que constituían la dote de su mujer; porque los tiempos estaban muy malos, el dinero no se dejaba ver en su gaveta, y le iba haciendo muchísima falta.

– ¿Y de qué manera se te presentó?

– Vestida con el sudario con que la enterraron, con la cara más negra que el carbón, y echando llamaradas por los ojos. Me habló, y parecía clavarme cada palabra con aquellas uñas tan largas que me enseñaba cuando reñíamos. Dijo que me guardase de vender un solo puñado de tierra de las viñas; que no las había dado para mí: que eran de su hija; que yo iba á morirme muy pronto y que entonces la harían falta á ella para mantenerse en la viudez, mientras no se casaba con otro, que sí se casaría, antes de concluir el año de luto. ¡Ah! figúrese V., señorito, figúrese usted...

– Ya me figuro bastante para compadecerte de todas veras. Pero ven acá, Juanón, ¿no podría suceder que hubieras soñado ese encuentro con tu suegra?

– Estos ojos la vieron, estando tan despierto como ahora, y estos oídos la oyeron tan bien como V. debe oirme.

– Y, en confianza, amigo mío, ¿tienes alguna queja de tu mujer?

– Ninguna. Somos la envidia de todos los vecinos, porque desde que se murió la suegra vivimos en una paz que es la gloria. Antón el herrero, sobre todo, siempre se hace lenguas de lo que vale mi Colasa; y bromeando me dice que no pase cuidado por ella, si yo me voy primero de este mundo, porque él la sacaría de viuda.

– ¡Pues ya puedes estar satisfecho con un amigo tan previsor...! ¿Y qué dice á eso tu mujer?

– Se ríe como una loca, porque tiene el genio muy alegre y la gustan las bromas. Usted la conoce.

– ¡Muy alegre, sí! Vaya... No te pongas tú triste, y desecha ese miedo, impropio de un hombre de pelo en pecho. Seguro estoy de que, en calentando el estómago con un buen trago de lo tinto, podrás volver á casa sin tropezar con la suegra.

– Dispense V., pero hoy no volveré aunque me acompañe un ejército; y, en cuanto al trago, ya he perdido las ganas para el poco tiempo que pueda vivir. El último lo eché ayer con el compañero con quien trataba de la venta de las viñas. Era un rancio de lo más caliente, y me había puesto más alegre que mi mujer.

– Hombre... ¿y estando tan alegre fué cuando te encontraste con el aparecido?

– Bebí una copa más, y me puso triste. El encuentro fué luego...

Calló Juanón, y no le pedí más explicaciones.

La aparición era hija del vino, y nuestro hombre había visto á su suegra iluminado por sus vapores.

Pasó aquella noche en mi casa, y recabamos de él nuevamente la promesa de no volver á probar un vino de tan fatales resultados.

No sabemos si la cumpliría fielmente. Lo que no dejó de cumplirse fué el pronóstico del fantasma: algunos meses después Colasa vestía de luto, y antes de un año se lo quitó para casarse con Antón el herrero.

Juanón está reconciliado con su suegra: enterráronle junto á ella.

A los *aparecidos* no los engendran sólo el vino y la ignorancia en las poblaciones rurales: también son hijos de la malicia y del dolo, y es imputable su aparición á las pasiones más criminales.

Cuando se haya aumentado en la proporción debida el número de maestros de escuela en esas poblaciones, y se haya difundido en ellas mucho más la instrucción y la cultura, entonces habremos adelantado no menos para la completa desaparición de tales fantasmas.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL

UNA BODA EN EL TESINO, cuadro de E. Prati

(Exposición artística de Venecia)

NOTICIAS VARIAS

ANTIGUEDAD DE LA GALLETA Ó BIZCOCHO. – La galleta es la forma más antigua del pan, según el *Analista*. Nadie sabe á qué época de la historia del hombre hay que atribuir la introducción de la fermentación ó levadura en la panificación; pero es lo cierto que las pastas ó pasteles fabricados sólo con harina y agua son mucho más antiguos. Se han encontrado de estos pastelillos de pasta ácima ó sin levadura en el fondo de los lechos de los lagos de Suiza, datando de la edad neolítica. Este es el primer indicio relativo al origen de la galleta ó bizcocho, que no es otra cosa que pasta sin fermentar. El bizcocho es un retroceso á la grosera forma del pan de las primeras edades, justificado por sus ventajas en ciertos casos particulares. El pan ácimo ó sin levadura se conserva mucho tiempo, es fácilmente trasportable y puede fabricarse sin dificultad ninguna.

El mayor número de los pueblos antiguos comían el bizcocho en condiciones especiales, ahora en las guerras, ahora en las grandes expediciones por mar ó por tierra. Los griegos lo llamaban *arton dipuron*, es decir, pan puesto dos veces al fuego, mientras los romanos tenían su *panis nauticus* ó *capta*.

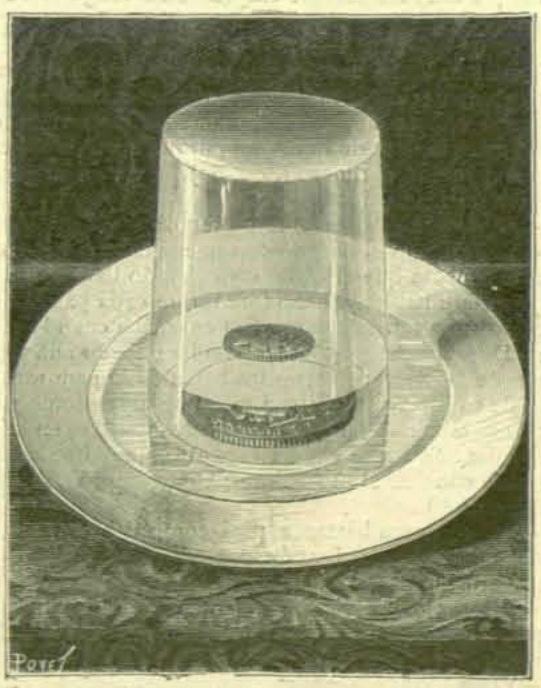
Sea como quiera, el bizcocho fué conocido en todos los tiempos y en todas partes fué una de las formas más populares y útiles del alimento.

No es menos singular que la palabra bizcocho implica en su composición el procedimiento con que se fabricaba desde tiempo inmemorial y hasta el siglo pasado, si no más tarde. *Bis*, dos veces, y *coctus*, cocido, es una indicación manifiesta del procedimiento de esta panificación primitiva.

En la actualidad no se cuece el bizcocho sino una sola vez; pero quedó el nombre, creando así por una evolución lenta y natural del progreso un grave problema para los etimologistas del porvenir, los cuales se devanarán los sesos investigando cómo puede llamarse bizcocho un pan no fermentado ni cocido más que una sola vez.

Pero sabido es que tales problemas no espantan ni mucho menos á los etimologistas, los cuales, como los estadísticos, no conocen obstáculos.

(Del periódico: *La Nature*)



Experimento de refracción y de la lente divergente obtenido con un vaso ordinario

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO DE LA REFRACCIÓN.—El experimento de que vamos á hablar á nuestros lectores necesita un vaso de cristal ordinario, un plato, agua, una moneda de dos francos y un fósforo. Puede presentarse bajo una forma agradable y dar solución á este extraño problema: hacer ver 7 francos 50 céntimos solamente con dos francos.

Tómese una moneda de dos francos y póngase en medio de un plato que contenga agua en cantidad suficiente para cubrir la moneda. Tómese luego un vaso ordinario, y poniéndolo boca abajo, caliéntese con un fósforo.

Luego que el aire interior está caliente, lo que sucede cuando comienzan á empañarse las paredes del vaso, se pone, siempre inverso, sobre la moneda, que ya se colocó en el plato, de la manera que indica el grabado.

El agua va á subir ligeramente en el vaso á virtud de la contracción del aire caliente que se enfría y de la presión atmosférica. Mírese entonces la superficie del líquido y se verán los efectos de la refracción: veráse la moneda de dos francos y por debajo el aspecto de una gran moneda de plata, que ofrecerá el tamaño de una moneda de cinco francos. Mírese en fin el vaso por arriba, y se verá que el fondo de que está formado constituye una lente divergente: quedará una imagen reducida de la moneda de 2 francos en un todo semejante á una moneda de 50 céntimos.

Dos francos, 5 francos y 50 céntimos suman los 7'50 que dijimos. El problema queda resuelto.

En estos curiosos y divertidos experimentos hay muchos puntos de instrucción física, no de mero pasatiempo, para los niños, y aun para los hombres ajenos á estos estudios: dilatación del aire por el calor; contracción por enfriamiento del volumen calentado; ascensión del agua en el vaso bajo la presión atmosférica exterior; refracción, divergencia de los rayos luminosos por una lente. Tales son los diferentes fenómenos que se suceden y que un profesor puede analizar con la extensión necesaria.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN